

Un cuaderno de apuntes, sí. ¿Cuándo llegué al *Cuaderno de apuntes* de Fernando Zóbel (publicado por la Galería Juana Mordó de Madrid en 1974)? En enero de 1984, y aún lo tengo a mano en mi biblioteca. Un libro ejemplar compuesto sólo con citas cuidadosamente escogidas (a lo Walter Benjamin), un «cuaderno de apuntes sobre la pintura y otras cosas». El artista había pensado alguna vez escribir sobre pintura, pero «me he dado cuenta de que ya lo tengo hecho, aunque está escrito por otros: casi todo lo que quiero decir está dicho en mi colección de citas» (explica en la breve introducción al breve libro). Yo tenía 22 años, y subrayaba exclamaciones como: «¡Ojalá vivas todos los días de tu vida!» (Jonathan Swift).



Estar vivo es un milagro. Sencillamente existir puede ser el mayor de los placeres. Antes que *collige virgo rosas*¹: deja que la rosa te ayude.



«Tan sencillo como coger el coche y salir de casa», oye uno en la mesa de al lado, en uno de esos cafés que resultan tan necesarios para leer y escribir... ¿No se nos ocurre que se puede salir de casa y caminar?²

El fragmento es la expresión natural del caminante. Para el escritor que camina la obra no queda contenida entre las tapas de un libro: se trata sobre todo del

ligero texto que excursiones, marchas, paseos y viajes a pie han ido trazando sobre la piel de la Tierra.

Éste es un libro de caminante, como bastantes de los que he escrito. ¿Lo he escrito? Los libros de un caminante casi se van escribiendo solos.



Paul Klee hablaba del dibujo como «una línea que se va de paseo»; a la inversa, podemos concebir nuestros paseos y excursiones como un dibujo en el territorio. Y debería importarnos que ese dibujo sea veraz, explorador y bello.



Tendríamos que empezar cada conversación, cada debate y también cada libro con aquello de Pasolini justo antes de ser asesinado: *Siamo tutti in pericolo*.³

«El mundo arde y se ahoga ante nuestros ojos». Así lo formulaba Antonio Guterres, Secretario general de Naciones Unidas –que alguna información tiene al respecto–, en noviembre de 2022, en la COP27 (la conferencia mundial sobre el clima que se celebra cada año, como un ritual angustioso).

En mayo de 2024, James Hansen –a quien llamo a veces, en broma, el Climatólogo en Jefe del planeta Tierra– observa: a efectos prácticos, estamos sobrepasando justo ahora el límite de +1,5°C (sobre las temperaturas preindustriales), el límite «de seguridad» que establecía el acuerdo climático de París (en 2015).⁴

De manera altamente simbólica, el glaciar Humboldt, el último de los seis que hasta hace poco existían en

Venezuela (hasta donde llega la cordillera de los Andes), ha desaparecido también en esta primavera de 2024⁵. Llevaba el nombre del gran investigador Alexander von Humboldt, en cierta forma padre de las Ciencias de la Tierra, quien en el lago Valencia en Venezuela, en el año 1800, al ver la sequía debida a la deforestación aventuró la idea del cambio climático inducido por el ser humano.

Nos cansamos de repetir que la emergencia climática «lo cambia todo», o que la crisis ecológica es un auténtico *game-changer*. Pero ¿no supone eso dar por sentada un tipo de racionalidad social colectiva que sencillamente no existe?

Estamos todos, todas en peligro.



Tácitamente estamos dando por perdido lo humano, en tres sentidos diferentes: A) por el horizonte de extinción ante el que nos sitúa la crisis ecológico-social (*La Tierra inhabitable* se titula un concienzudo ensayo de David Wallace-Wells sobre el calentamiento global). B) Por la fuga hacia lo transhumano hacia la que empujan poderosas corrientes en la cultura contemporánea (yo hace tiempo que las llamo *antropófugas*). C) Porque se degrada nuestra humanidad en sentido normativo, por ejemplo cuando nos inscribimos en tribus combatientes en vez de en la familia humana común.

El dramaturgo y director teatral Wajdi Muawad constata que «la idea de humanidad se vuelve cada vez más frágil», y en medio de la crisis contemporánea se pregunta cómo seguir creyendo «en valores comunes que han perdurado desde los albores de la civilización»: ayuda mutua y conciencia comunitaria, pero también

«desarrollo de un pensamiento de tipo espiritual». Para él, hacer teatro es «negarse a jugar el juego del fin del mundo, la desesperación, la oscuridad y la división». ⁶

Hemos de defender nuestra humanidad básica. En cuanto miembros de la familia humana; en cuanto eslabones de la cadena generacional que nos vincula con el pasado y el futuro; en cuanto parientes de todos los demás seres vivos; y en cuanto seres terrestres que forman parte de Gaia / Gea, la Madre Tierra.



Esta civilización naufraga... Un ejemplo impresionante de estos días, que retrata el nihilismo dominante en toda su crudeza: en Groenlandia, cuya criosfera se deshace por el calentamiento global, un empresario ha tenido la idea de vender hielo de los glaciares a los bares de cócteles más exclusivos de los Emiratos Árabes Unidos⁷, ese petroestado que contribuye como pocos a realimentar el apocalipsis climático.

Esta civilización naufraga y se engaña sobre cómo está naufragando: la supuesta *transición ecológica* (hacia la digitalización, el coche eléctrico, el hidrógeno, etc.) también conduce, en la realidad, a la devastación ecológica de la Tierra.

Esta civilización naufraga, y la orquesta del Titanic debería ponerse a construir balsas y almadías. (La praxis adecuada antes de que el Titanic choque contra el iceberg y aún hay opciones de evitar la colisión no es la misma cuando el choque ya se ha producido.) «Construir una sociedad más sostenible» podía tener alguna plausibilidad antes del choque. Hoy más bien se trata de construir Arcas de Noé.